

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL EN INGLATERRA Y SUS CONSECUENCIAS PARA LOS POBRES *

R. M. Hartwell

I. La economía, la historia económica y la historia de la pobreza

La economía es, en el fondo, el estudio de la pobreza. Asimismo, la historia económica es, en gran medida, la historia de la pobreza. La economía estudia los problemas referentes a la escasez de recursos en relación con las necesidades del hombre y, por ende, los problemas implícitos en la elección entre las distintas necesidades y la asignación de los escasos recursos disponibles para satisfacer esas necesidades. Como dice el profesor Robbins: "La economía es la ciencia que -estudia el comportamiento humano como una relación entre los fines y los escasos medios que tienen usos alternativos".¹ La historia económica estudia el problema de la escasez a lo largo del tiempo y describe, paso a paso, tanto la historia de los intentos de la humanidad por acrecentar los recursos disponibles mediante el crecimiento económico, como la historia de los efectos de la distribución y el consumo de dichos recursos entre los miembros de la sociedad; en otras palabras, la historia del bienestar económico.

La oferta de recursos se ha incrementado, sea poniendo en juego más factores de producción (antes de la revolución industrial esto significaba, habitualmente, más personas que cultivaban más tierras con los mismos implementos primitivos), sea aumentando la productividad de los recursos existentes (durante la revolución industrial esto significaba la introducción de cambios en la estructura y la organización económicas mediante el mejoramiento de la calidad del capital de trabajo a través del cambio tecnológico, y del capital humano a través de un mejor nivel de educación y de alimentación). En cualquier economía y en cualquier época, los límites de la pobreza y del bienestar se establecen teniendo en cuenta la productividad total en relación con la densidad de la población, y el crecimiento económico tiene lugar durante esos raros intervalos de la historia,² incluidos los dos últimos siglos, en que aumenta el producto medio per cápita.

Si los límites del bienestar se fijan sobre la base de la productividad media, el bienestar de los individuos o de las clases se determina por el proceso de distribución, por la forma en que el producto total se divide entre quienes reclaman su parte en la puja

* Traducido de *The Long Debate on Poverty*, The Institute of Economic Affairs, 1974. Derechos cedidos por The Institute of Economic Affairs.

¹ L. Robbins, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*. Londres, 1932; este libro es un análisis metodológico del "tema de la economía". El énfasis puesto por los economistas clásicos y otros pensadores sociales en la distribución como el problema de la economía reconoce implícitamente los problemas fundamentales de la escasez y la elección.

² R. M. Hartwell, "Economic Growth in England .before the Industrial Revolution", *Journal of Economic History*, marzo 1969, examina períodos anteriores de crecimiento.

distributiva. A lo largo de la historia ha habido, en general, un bajo nivel de productividad y, en el mejor de los casos, un crecimiento económico muy lento, junto con una distribución muy desigual del producto total. Hasta el advenimiento de la revolución industrial la capacidad productiva del hombre se hallaba en un nivel sumamente bajo, y el producto resultante se dividía de manera muy poco equitativa, puesto que unos pocos recibían la parte más sustancial, mientras que la gran mayoría compartía el -magro remanente. Ésta fue la dura realidad de la historia económica de la población mundial: casi todos los hombres, en casi todas las épocas y en casi todos los lugares, han tenido una existencia corta y miserable, con pocas esperanzas de mejorar su situación económica y ninguna noción de progreso. Como decía Keynes:

“La creencia en el progreso material del hombre no es de vieja data. Durante la mayor parte de la historia esa creencia no fue compatible con la experiencia vivida, ni fue alentada por la religión. Si examinamos la situación imperante a lo largo de los siglos, cabe dudar de que en los grandes centros de la civilización la suerte del trabajador no calificado haya variado mucho en los dos mil años que van desde la Grecia de Solón hasta la Inglaterra de Carlos II o la Francia de Luis XIV. El paganismo situó la Edad de Oro en una época muy anterior a la nuestra; el cristianismo situó el Cielo en lo alto, muy por encima de nosotros. Y antes de mediados del siglo XVIII., cualquier individuo que hubiera esperado un mejoramiento progresivo del bienestar material como resultado de la división del trabajo, los descubrimientos científicos y la ilimitada fertilidad de la raza humana, habría sido tomado por un excéntrico. Por oscuras razones que los historiadores economistas aún no han investigado con suficiente profundidad, el progreso material comenzó en el siglo XVIII en vastas regiones de una manera categórica y acumulativa no experimentada anteriormente”.³

Tres épocas de crecimiento económico

La historia del crecimiento económico puede dividirse en tres épocas distintas, separadas por las revoluciones agrícola e industrial. La revolución agrícola empezó en el Medio Oriente hacia el octavo milenio antes de Cristo; los comienzos de la revolución industrial se sitúan precisamente en la Inglaterra del siglo XVIII. La revolución agrícola consistió, esencialmente, en el paso de la caza, la pesca y la recolección de alimentos al estadio del cultivo de la tierra con asentamientos poblacionales permanentes, y condujo al desarrollo de la civilización urbana. La revolución industrial consistió, esencialmente, en el paso de la agricultura a la industria y los servicios, y condujo a un rápido crecimiento de la producción, la población y la urbanización. Ambas revoluciones cambiaron radicalmente la historia de la humanidad, ampliando en grado significativo la capacidad productiva del hombre y permitiendo a largo plazo el aumento de la población, en forma lenta después de la revolución agrícola, y de manera explosiva durante la revolución industrial. Estas revoluciones crearon, sostenía Carlo Cipolla,

³ J. M. Keynes, prefacio a la obra de H. Wright, *Population*, Cambridge University Press, 1923, p. vii.

"profundas brechas en la continuidad del proceso histórico. Cada una de ellas marca el inicio de una 'nueva historia': una nueva historia dramática y completamente ajena a la historia precedente. La continuidad entre el hombre de las cavernas y los constructores de las pirámides se quiebra, así como se quiebra toda continuidad entre el antiguo campesino y el moderno operario de las usinas energéticas".⁴

Pero mientras que la revolución agrícola produjo un crecimiento muy lento a lo largo de nueve milenios, la revolución industrial dio lugar a un rápido y sostenido crecimiento en sólo dos siglos.

Ricardo afirmaba que "el principal problema de la economía política radicaba en determinar las leyes que regulan [. . .] la distribución", pero los economistas nunca fueron capaces de especificar de manera concluyente el impacto comparativo de las fuerzas del poder y del mercado en la parte que corresponde a cada uno en el proceso distributivo.⁵

Por lo tanto, la larga historia de la distribución no puede dividirse en forma tan nítida como la historia de la producción, pero es indudable que la revolución industrial trajo consigo, por un lado, un funcionamiento más eficaz del mercado, de modo que el reparto distributivo se relacionó más directamente con el factor de la productividad (esto es, los salarios aumentaron con la creciente productividad laboral), y, por el otro, la organización más eficiente de los trabajadores en ligas o sindicatos con vistas a proteger y elevar las tasas salariales. Como resultado de ambos desarrollos se acrecentó la participación del trabajo en el ingreso nacional. Sin embargo, antes del advenimiento de la revolución industrial el reparto distributivo se determinaba principalmente a través de decretos, de la arbitraria y autoritaria decisión de los gobernantes y de unos pocos privilegiados, de acuerdo con su poder, su status y otros criterios no relacionados con el mercado. Pero desde los comienzos de la revolución industrial la participación en el ingreso se fue modificando en grado creciente debido al poder de la clase trabajadora para influir en la distribución, y a la intervención en el mecanismo del mercado por parte de gobiernos que esperaban (o pretendían) intensificar la política de justicia social o mejorar la eficiencia económica.

Con el inicio del proceso de industrialización la clase trabajadora pudo, por primera vez en la historia, organizarse eficazmente como grupo de presión en defensa de sus propios intereses; al mismo tiempo los gobiernos, identificados con los principios de justicia, con la creencia en la ética social de la igualdad distributiva y con las esperanzas socialistas en la ingeniería social macroeconómica para mejorar la productividad,

⁴ Carlo Cipolla, *The Economic History of World Population*, Penguin Books, 1962, pp. 29-30. Sobre la revolución industrial considerada como "La Gran Discontinuidad de la Historia", cf. R. M. Hartwell, *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Londres, 1971, cap. 3.

⁵ Clark Kerr, "Wage-Relationships. The Comparative Impact of Market and Power Forces", en J. T. Dunlop (comp.), *The Theory of Wage Determination*, Londres, 1957.

intervinieron en forma directa y creciente en el manejo de la economía y redistribuyeron el ingreso a través de la tributación progresiva y las instituciones del estado benefactor. Incluso antes de la revolución industrial, la antigua Ley de Pobres había sido un instrumento público destinado a redistribuir el ingreso, pero los orígenes del estado benefactor deben buscarse, indudablemente, en las grandes investigaciones sociales, y en la consecuente legislación, de la era victoriana.⁶

La clave es el crecimiento, no la redistribución

Como demuestran los estudios de largo plazo sobre la distribución del ingreso, desde el comienzo del proceso de industrialización se puso de manifiesto una clara tendencia hacia una mayor igualdad en los ingresos.⁷ Los mismos estudios revelaron que, sean cuales fueren las causas y los efectos de la redistribución, el principal componente del creciente ingreso per cápita, del creciente bienestar, es el crecimiento económico. Cualquier tipo de redistribución, sea que se haya obtenido como resultado de la presión de los sindicatos o de la política social del gobierno, ha sido insignificante si la comparamos con el incesante aumento del producto per cápita logrado a través de la industrialización. La principal causa del continuo aumento del bienestar fue el crecimiento económico, no la redistribución. Como señalaba G. Slater:

“La pobreza del pasado, desde los orígenes mismos de la sociedad humana hasta épocas muy recientes, se debió a la incapacidad de producir adecuadamente las cosas esenciales de la vida”.⁸

Las lecciones de la historia, que las economías subdesarrolladas del mundo actual aprendieron demasiado bien en carne propia, nos enseñan que la pobreza sólo puede remediarse con el crecimiento económico, no con la redistribución del ingreso. Sea cual fuere la fluctuación de corto plazo en el crecimiento, debida a los ciclos comerciales, sea cual fuere la permanente realidad de cierto grado de pobreza aun en las economías más ricas, la industrialización y el crecimiento influyeron, sin duda, en el mejoramiento de la situación económica tanto del rico como del pobre, y estrecharon la brecha entre ambos. Sólo la industrialización trajo consigo el principio del fin de esa pobreza extrema, debilitante y desmoralizadora, que había sido el sino de la mayor parte de la humanidad durante casi toda la historia, y que aún prevalece en tantas regiones del mundo actual. La diferencia esencial entre las economías de altos y bajos ingresos, entre los ricos y los pobres, radica en que las primeras experimentaron revoluciones industriales que modificaron profundamente sus estructuras económicas y elevaron los niveles de vida. Por esta razón, todos los países subdesarrollados quieren y se proponen industrializarse y crecer.

⁶ D. Roberts, *Victorian Origins of the British Welfare State*, Yale, 1960.

⁷ S. Kuznets, "Economic Growth and Income Inequality", *Economic Growth and Structure Selected Essays*, Londres, 1966. Para Gran Bretaña véase A. L. Bowley, *The Change in the Distribution of the National Income, 1880-1913*, Oxford, 1920.

⁸ G. Slater, *Poverty and the State*, Londres, 1930, p. 1.

"La industrialización", afirmaba en tono dramático el profesor C. P. Snow en *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, "es la única esperanza de los pobres". O, como escribió el profesor T. S. Ashton en 1948:

"En las llanuras de China y de la India viven actualmente hombres y mujeres agobiados por la miseria y el hambre, cuya vida no es mucho mejor que la de las bestias de carga con las cuales labran la tierra y comparten el techo por la noche, cuando se entregan al sueño. Esas normas asiáticas de vida y esos terribles métodos manuales de trabajo son el desdichado sino al que están condenados aquellos países que aumentan su población sin pasar por una revolución industrial".⁹

La lección de la historia es obvia, y el anhelo de lograr la industrialización es ahora universal.¹⁰

II. La revolución industrial en Inglaterra y el progreso económico

Consideraremos ahora el proceso de industrialización y el problema de la pobreza, junto con el efecto de la revolución industrial sobre los pobres y los desvalidos, pero antes de enfocar estos temas trataremos de definir la revolución industrial. Aunque la revolución industrial fue una de las grandes discontinuidades de la historia -"la gran transformación", como la llamó K. Polanyi¹¹ -, puesto que marcó la línea divisoria entre un mundo en crecimiento lento y un mundo en crecimiento sustancial y sostenido, los historiadores no la definieron, en general, con suficiente precisión y cuidado. En realidad, durante mucho tiempo el interés de los historiadores de la revolución industrial se centró en la distribución y en los males de la industrialización.¹² Sin embargo, en mi opinión es más pertinente considerar fundamentalmente la revolución industrial como el primer ejemplo moderno de crecimiento económico y trasladar, por lo tanto, el foco de la atención de la distribución a la producción. Podríamos definir la revolución industrial como ese crecimiento económico que se produjo desde c. 1750 hasta c. 1850 como resultado de la industrialización. Durante ese lapso de cien años tuvo lugar una revolución en la estructura y el funcionamiento de la economía que condujo a un crecimiento económico sostenido. El aumento de la productividad fue la consecuencia de tres cambios interrelacionados:¹³ *primero*, un cambio estructural (esto es, la transferencia

⁹ T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Londres, 1948, p.129.

¹⁰ R. M. Hartwell, "Lessons from History", en *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Londres, 1971

¹¹ K. Polanyi, *The Great Transformation*, Londres, 1944.

¹² Puede decirse que la extensa bibliografía sobre las consecuencias sociales se inició con el primer gran libro sobre la revolución industrial de Arnold Toynbee (*Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England*, Londres, 1884), y se vio reforzada por los escritos de historiadores como los Webb y los Hammond y, más recientemente, E. P. Thompson.

¹³ C. Clark formuló "el sencillo pero importante principio de que el progreso económico en cualquier país, en el sentido de un aumento del ingreso nacional promedio per cápita de la clase trabajadora, puede tener lugar : a) como resultado del incremento de la producción real per cápita de todas o cualquiera de estas tres áreas [la industria, la agricultura y los servicios], o b) cómo resultado de la transferencia de mano de obra de las áreas menos productivas a las más productivas". (*The Conditions of Economic Progress*, Londres, 1940, pp. 6-7.)

de recursos de una agricultura de baja productividad a industrias y servicios de alta productividad); *segundo*, el incremento de los factores actuantes (rápido aumento de la población y de la acumulación de capital, ampliación de las áreas de labranza y masivo incremento de la extracción de materias primas, especialmente carbón y hierro); *tercero*, creciente eficiencia (mejor organización económica a través del desarrollo de la manufactura en reemplazo del trabajo en el taller o el hogar, y el de la agricultura estructurada en torno a un núcleo en reemplazo de la agricultura a campo abierto, mejor capital de trabajo merced al cambio tecnológico, mejor capital humano a través de un nivel educacional y alimentario más adecuado, economías de escala y creciente división del trabajo que permitió un mayor grado de especialización).

Estos progresos fueron posibles gracias a la liberación de las fuerzas creadoras e innovadoras del hombre como resultado de cambios fundamentales en las instituciones políticas y sociales, en particular a través del desarrollo de la democracia política y la economía de mercado. Esta poderosa combinación de democracia y mercado libre fue el factor que condujo a la primera revolución industrial. La revolución de los *whigs* destruyó finalmente las tendencias centralistas del estado nacional dominado por el rey, dispersó la iniciativa política y fortaleció al gobierno local, reforzando también, al mismo tiempo, el imperio de la ley.

Sin embargo, el desarrollo de la economía de mercado fue el prerrequisito fundamental del crecimiento de Inglaterra. Éste dependía básicamente de criterios cada vez más explícitos y jurídicamente cumplimentados acerca de los derechos de propiedad que permitían confiar plenamente en el mercado como un mecanismo eficaz para la asignación de los recursos y la distribución de bienes y servicios. Era indispensable tener confianza en la capacidad para disponer libremente de los recursos y beneficiarse con la actividad del mercado sin sufrir penalidades o sanciones arbitrarias.

"Si consideramos la revolución industrial como el resultado, desde el punto de vista institucional, de un mercado cada vez más eficiente (es decir, un mercado en el cual un comportamiento económico racional, desarrollado al máximo de sus posibilidades, podía operar con la expectativa de recompensas y castigos de acuerdo con la satisfactoria predicción de las necesidades y las respuestas del mercado), los factores determinantes de la eficiencia del mercado eran entonces de fundamental importancia para ella. Esos cambios posibilitaron que el comportamiento económico, sea de los consumidores o de los productores, fuera recompensado y gratificado y, por ende, estimulado, lo cual dio un progresivo impulso al sistema de mercado. En vista de que los consumidores maximizaban la satisfacción de sus necesidades, y los productores maximizaban el lucro, los incentivos para trabajar y producir se fueron afianzando y fortaleciendo. A medida que la costumbre y el mandato autoritario dejaron de determinar la toma de decisiones económicas, y que el mercado pasó a influir en grado creciente en esas decisiones, la racionalidad caló hondo en toda la vida social a través de un proceso

de cambio mutuamente fortalecedor." ¹⁴

La oposición a la industrialización

Algunos círculos y algunos intereses se opusieron a la revolución industrial, del mismo modo que lo hicieron, ulteriormente, algunos historiadores que la atacaron e interpretaron en forma errónea. La oposición provino principalmente de ciertos sectores que se sentían económica o socialmente amenazados por la industrialización -por ejemplo, algunos terratenientes- y de aquellos que la combatieron por motivos de orden moral o estético, como algunos poetas y novelistas. Sin duda hubo también verdaderas víctimas directas de la industrialización, especialmente los trabajadores manuales que eran desplazados por las máquinas, de los cuales los tejedores constituyen el ejemplo más conocido y más numeroso. Pero en general podemos decir que las fábricas crearon más puestos de trabajo que los que desaparecieron debido al exceso de operarios prescindibles en algunas áreas de tareas que las máquinas realizaban con mayor rapidez y eficacia; en realidad, la creciente demanda de mano de obra fue de tal magnitud que no dio lugar a la formación de un gran "ejército de desocupados de reserva".

La revolución industrial cambió o modificó obviamente los valores sociales, así como introdujo cambios en el medio;¹⁵ reemplazó el status social y la costumbre por el contrato en buena parte de las relaciones humanas, p. ej., en la fijación de los salarios; creó un nuevo medio urbano que en muchos sentidos era menos atractivo que el idílico verdor de la aldea. Empero, la arraigada idea de interpretar equivocadamente la revolución industrial inglesa como una catástrofe para las clases trabajadoras—"uno de los períodos más desastrosos y terribles que debió soportar una nación, desastroso y terrible porque junto a un gran incremento de la riqueza hubo un enorme aumento de la pauperización, y la producción en gran escala, como resultado de la libre competencia, condujo a una rápida alienación de las clases y a la degradación de un vasto sector de productores"¹⁶ - provenía principalmente, por un lado, de la creciente y perturbadora conciencia de la persistencia de la pobreza y otros males sociales y, por el otro, de las doctrinas marxistas sobre el cambio histórico. Gran parte de la crítica al industrialismo respondía a un sentimiento ético y humano de indignación; pero era impulsada también por ciertas teorías doctrinarias acerca de la inevitabilidad del cambio económico. Marx se equivocó al considerar que la pobreza y el clima de intranquilidad social eran signos inequívocos del desequilibrio existente en la economía capitalista, que anunciaba la pauperización de la clase obrera y el derrumbe de la sociedad. Como escribió Engels en 1844, profética pero incorrectamente, "[L]a revolución es inevitable: ya es demasiado tarde para buscar una solución pacífica".¹⁷

¹⁴ R. M. Hartwell, op. cit., p. 258.

¹⁵ F. Klingender, *Art and the Industrial Revolution*, Londres, 1947, ofrece una interesante descripción de la reacción artística hacia el entorno de la revolución industrial.

¹⁶ A. Toynbee, op. cit., p. 84.

¹⁷ F. Engels, *The Condition of the Working Class in England in 1844*, edición inglesa, Londres, 1892, p. 297.

A pesar de las críticas, sin embargo, la revolución industrial fue recibida en general con simpatía, sobre todo porque la mayoría de la gente, y la clase trabajadora en particular, comprendió que le ofrecía mayores oportunidades individuales de acceder a la riqueza y al progreso social. La revolución industrial fue un período de creciente movilidad social.

Leslie Stephen escribió al respecto: "En la historia inglesa no existe probablemente ningún otro período en el cual un número mayor de hombres pobres haya alcanzado un rango tan alto en la escala social". Los hombres que eran los "principales instrumentos" de la industrialización se habían elevado "por su propio esfuerzo" y "no debían nada al gobierno, ni a las universidades, que pasaban por ser los órganos representativos de la cultura nacional".¹⁸

"El siglo del progreso"

El siglo XIX fue llamado "el siglo del progreso" debido a los evidentes beneficios derivados de la industrialización, mientras que los problemas surgidos en el siglo XX hicieron flaquear la complaciente creencia en la inevitabilidad del progreso. En el siglo XIX, la principal motivación social de todas las clases era sacar partido del progreso, del crecimiento económico. Como escribió J. A. Froude:

"En medio de las variadas reflexiones a las que suele entregarse el siglo, XIX acerca de su condición y sus expectativas hay una opinión común con la que coinciden todos los partidos -que vivimos en una era de progreso [. . .] en todos los órdenes de la vida [. . .] en sus actividades y sus placeres, en sus creencias y sus teorías, en sus avances materiales y en sus convicciones espirituales- y agradecemos a Dios que no seamos como nuestros padres. Pero mientras admitimos sus méritos, también tenemos en cuenta sus desventajas, sin que una falsa modestia nos haga perder de vista nuestra inconmensurable superioridad".¹⁹

La generalizada confianza en el progreso y el deseo universal de compartir sus beneficios terminaron por convertirse en una creencia casi mística en el *laissez-faire*, en la ética del trabajo y, particularmente para la clase trabajadora, en la autoayuda.²⁰

El hecho de que los miembros de todas las clases sociales tuvieran acceso a la riqueza fue el estímulo obvio para el esfuerzo; la obtención de riqueza, que en otro tiempo dependía del linaje familiar o del padrino, estaba ahora al alcance, si no de todos, por lo menos de un número suficientemente grande de miembros de la clase trabajadora como para justificar que la ambición y el trabajo fueran elevados a la categoría de virtudes sociales. La convicción de que la libertad económica -la búsqueda

¹⁸ L. Stephen, *The English Utilitarians*, Londres, 1900, vol. I. pp. 61, 111-112.

¹⁹ J. A. Froude, *Short Studies in Great Subjects*, Londres, 1907, vol. III, pp. 149 -150

²⁰ Por ejemplo, los trabajos de Samuel Smiles, el apóstol de la autoayuda, quien escribió libros con títulos como *Self Help*, *Thrift*, etcétera.

privada de riqueza en un sistema competitivo basado en el *laissez-faire*- era un medio sumamente eficaz de promover el progreso económico se convirtió en un axioma del comportamiento económico que rara vez era puesto en tela de juicio. El *laissez-faire*, un sistema económico fundado en los derechos de propiedad sobre todos los bienes, junto con un gobierno y un cuerpo jurídico que protegían dichos derechos y un sistema comercial en el cual los individuos intercambiaban libremente los derechos de propiedad para satisfacción de los consumidores o para el mejoramiento económico, fueron las bases sociales fundamentales del progreso durante el siglo XIX.

El poderoso y generalizado estímulo de la riqueza y de la propiedad privada de los bienes fue el factor que produjo, según las palabras de J. M. Keynes, "el magnífico episodio del siglo XIX".

III. La pobreza y su curación

Quizá no exista una prueba más fehaciente del progreso de una nación que aquella que muestra qué porcentaje de su población está sumido en la pobreza.²¹ Pero ¿qué es, exactamente, la pobreza? Se la suele definir como "una insuficiencia de las necesidades básicas", pero no existe, por desgracia, una definición de la pobreza que sea universalmente aceptable o inequívoca.

Si bien tres grupos de especialistas -los historiadores, los economistas y los sociólogos- abordaron el estudio de la pobreza, ninguno de ellos resolvió el problema de la definición.²²

Los historiadores, fieles a su simplicidad metodológica, se preocuparon por la documentación más que por la definición; para ellos, la pobreza era un fenómeno evidente de la historia que no necesitaba el respaldo de una definición exacta, y se limitaron a registrar en forma de crónica las condiciones de vida y de trabajo del estrato más bajo de la sociedad, utilizando el criterio del sentido común para determinar en qué nivel empezaba la pobreza.

Los economistas, que manejan herramientas académicas más eficaces y prácticas, han definido habitualmente la pobreza en función de los salarios reales (esto es, el alcance de los salarios de bolsillo sobre los bienes y servicios) que están por debajo de alguna norma aceptada respecto de lo que constituye un "nivel de vida razonable". A

²¹ A. L. Bowley, *The Nature and Purpose of the Measurement of Social Phenomena*, Londres, 1923, p. 214.

²² Los estudios clásicos sobre la pobreza, en parte históricos y en parte sociológicos, se remontan a los trabajos de Arthur Young y Sir Frederick Eden en el siglo XVIII, pero los grandes estudios realizados en el siglo XIX fueron los de Henry Mayhew, Charles Booth y Seebohm Rowntree. Booth y Rowntree, en particular, establecieron la pauta para los futuros trabajos con sus detallados y amplios estudios de distintas áreas. "La condición del problema en Inglaterra", un problema político del siglo XIX, atrajo entretanto la atención de los historiadores quienes, en los trabajos de grandes humanistas como R. H. Tawney, se interesaron tanto por la crítica social contemporánea como por la determinación de los hechos históricos. (F. M. Eden, *The State of the Poor*, 4 vols., Londres, 1797; C. Booth, *Life and Labour of the People in London*, 17 vols., Londres, 1889-1897; y B. S. Rowntree, *Poverty: A Study of Town Life*, Londres, 1901.)

veces, sin embargo, el término se ha empleado para describir un nivel del salario real que sólo proveía a las "necesidades mínimas de la vida" (es decir, aquellas indispensables para la subsistencia). Pero lo que se entiende por "razonable" o por "subsistencia" difiere de una época a otra y de un lugar a otro. En nuestros días, el nivel mínimo de subsistencia en la India está muy por debajo del nivel de subsistencia de Inglaterra; y lo que era razonable en la Inglaterra del siglo XVIII, antes de la revolución industrial, sería absolutamente irrazonable en la Inglaterra actual.

Los sociólogos, que en los últimos tiempos se interesaron por el problema de la pobreza, son, en particular, los responsables de haber introducido el concepto de relatividad en el estudio de la pobreza; si bien admiten las dificultades que existen para determinar la pobreza por medio de normas absolutas, señalan que quizá sería más fácil hacerlo valiéndose de normas relativas, que hacen hincapié en la desigualdad como criterio estimativo fundamental.

"Por lo tanto la pobreza, especialmente en las naciones democráticas e industriales avanzadas, donde las necesidades físicas esenciales están satisfechas, representa una desviación respecto de determinadas normas sociales y económicas."²³

Tres conceptos de pobreza

Por consiguiente, existen tres conceptos implícitos en todas las ideas de pobreza: primero, el de *subsistencia*, un concepto empírico acerca del salario real necesario para la supervivencia y el mantenimiento de la eficiencia económica; segundo, *el normativo*, es decir, un concepto de valor de lo que es razonable en una sociedad dada; tercero, el *relativo*, o sea, un concepto de pobreza basado en la privación o carencia relativa sentida, y experimentada, por causa de la desigualdad.

Estos tres conceptos sufrieron cambios con el correr del tiempo. El tipo de pobreza ligado al nivel de subsistencia, esto es, el grado de miseria y pauperismo de los siglos XVIII y XIX, se ha reducido actualmente a dimensiones insignificantes. Al mismo tiempo, la idea de lo que constituye un nivel de vida normal y razonable se amplía continuamente. Como afirma A. L. Bowley:

"La idea de pobreza es en gran medida psicológica y sin duda relativa; la gente no tiende a medir su progreso partiendo de una lejana y olvidada situación imperante en el pasado, sino mirando hacia adelante, hacia un ideal que, como el horizonte, se aleja continuamente. La generación actual no se preocupa por las necesidades y los éxitos de sus progenitores, sino por sus propias angustias y frustraciones consideradas a la luz de la presunta posibilidad de acceder a la riqueza y el bienestar universal".²⁴

²³ Mencher, "The problem of measuring poverty", *British Journal of Sociology*, vol. 18, N° 1, 1967, p. 12.

²⁴ A. L. Bowley, *Wages and Incomes in the United Kingdom since 1860*, Cambridge University Press, 1937, p. x.

Y con el ascenso de los niveles de vida y de educación, es posible que la sensación de carencia relativa se haya acrecentado en las sociedades desarrolladas.²⁵

Si la pobreza es difícil de definir, es más fácil comprender sus causas.²⁶ La pobreza era para el individuo, y todavía lo sigue siendo, el resultado de una variedad de factores, de los cuales los más importantes son :

el bajo índice del salario real en relación. con los precios;
la irregularidad en el empleo;
el número de personas dependientes del jefe de familia;
la vejez, la enfermedad y la viudez;
el fracaso de la autoayuda, de la caridad, o del gobierno para llenar la brecha entre el ingreso y las necesidades básicas.

A lo largo de la historia se ha modificado la importancia de estos diversos factores, aunque es dable observar ciertas tendencias generales.

Primero, los salarios reales en relación con los precios han aumentado en forma continua, aunque con algunos retrocesos, desde los comienzos de la revolución industrial.²⁷

Segundo, el desempleo y el subempleo, si bien son características constantes y variables de la sociedad industrial, no aumentaron en escala o intensidad en los dos últimos siglos; en realidad, el único período prolongado en que se observó un alto y sostenido índice de desempleo se produjo entre las dos guerras mundiales. En el caso de grupos específicos de trabajadores, como los que fueron desplazados por el cambio tecnológico y considerados prescindibles, así como para determinados individuos, el desempleo ha sido la principal causa de la pobreza, pero debemos considerarlo como una constante, y no como una causa intensificadora de la pobreza, una causa cuyos efectos se

²⁵ W. G. Runciman, *Relative Deprivation and Social Justice: A Study of Attitudes to social Inequality in Twentieth Century England*, Londres, 1966.

²⁶ Para un análisis de las causas de la pobreza, y un detallado examen de los trabajos de Booth, Rowntree y Bowley, véase H. A. Silverman, *The Economics of Social Problems*, Londres, 1928. Sobre la pobreza moderna véase J. L. y J. K. Roach (comps.), *Poverty, Selected Readings*, Penguin Books 1972, especialmente la Segunda Parte. Buena parte de la literatura moderna sobre el subdesarrollo económico aborda también el tema de la pobreza y, en particular, la "trampa malthusiana", esto es, la situación en la cual la población aumenta mas rápidamente que la producción, y la brecha que posiblemente se está ensanchando, entre los países ricos y los países pobres del mundo; por ejemplo, el sólido libro de Gunnar Myrdal, *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*, Penguin Books, 1968.

²⁷ Con respecto al periodo de la revolución industrial existe una controversia acerca de si los niveles de vida declinaron en ese período, antes de elevarse en algún momento durante el siglo XIX. (Por ejemplo, B. Inglis, "The Poor Who Were With Us", *Encounter*, septiembre de 1971.) Otros historiadores discutieron el problema, por ejemplo, J. H. Clapham, T. S. Ashton y R. M. Hartwell, quienes sostuvieron que había habido un progreso, mientras que los Hammond, E. J. Hobsbawm y E. P. Thompson se inclinaron por el deterioro de los niveles de vida. R. M. Hartwell resumió el debate en el capítulo 8 de *The Industrial Revolution*, Nuffield College Studies in Economic History, N° I, Oxford, 1970.

vieron remediados en parte por el desarrollo del estado benefactor y, en particular, por la creciente y adecuada provisión del seguro de desempleo.²⁸

Tercero, el problema de los miembros dependientes se ha mitigado debido a la reducción del tamaño de la familia y a la cobertura proporcionada por el seguro familiar. La tasa de natalidad ya había empezado a declinar a mediados del siglo XIX, con la consiguiente tendencia descendente en el tamaño de la familia, y el gradual colapso del sistema familiar vigente eximió al individuo, en buena medida, de la responsabilidad de cuidar de los padres u otros familiares ancianos o enfermos.

Cuarto, y continuando con el último punto, la importancia de la vejez y la enfermedad como causas de la pobreza disminuyó a medida que estos problemas se fueron abordando y solucionando en forma cada vez más eficaz a través del sistema de pensiones y de una red de servicios de bienestar y ayuda social; sin embargo, a lo largo del siglo XIX constituyeron las principales causas de la pobreza.

Reducción final de la pobreza

Con el correr del tiempo, sin embargo, el alza de los salarios reales, la protección del seguro de desempleo, las asignaciones a los niños y otros subsidios familiares, las pensiones (a la vejez, la enfermedad y la viudez) y el masivo desarrollo del estado benefactor (por ejemplo, la provisión de programas de salud y asistencia médica) minaron las bases tradicionales de la pobreza y redujeron el bolsón de pobreza a un residuo pequeño, pero persistente. Curiosamente, ni el desarrollo económico ni la acción del gobierno pudieron eliminar por completo los focos de pobreza.

Afirmar que siempre habrá, en la periferia de la sociedad, individuos que no son capaces de avenirse a las demandas que ella impone y que necesitarán, por lo tanto, ayuda institucional o semiinstitucional, es asumir una posición complaciente. Afirmar que siempre habrá pobreza en el sentido de que algunas personas experimentarán una carencia relativa, y que los recursos siempre serán escasos en relación con los requerimientos para acceder a ellos es asumir una posición realista.

En el fondo, la pobreza es un problema relacionado con el ingreso real, con bienes y servicios medidos en función de alguna norma. La redistribución del ingreso puede reducir, y ha reducido, la pobreza, tanto en sentido relativo como absoluto, pero en el futuro, al igual que en el pasado, la pobreza disminuirá principalmente a través del crecimiento económico. Empero, ni el crecimiento ni la redistribución del ingreso podrán eliminar completamente la pobreza psíquica que resulta de la privación o carencia relativa. El incremento absoluto de la riqueza podría agravar incluso esa pobreza, y la paradoja de una sociedad opulenta como la inglesa radica en que la creciente redistribución del ingreso por parte del estado benefactor ha persistido juntamente con el

²⁸ B. B. Gilbert, *The Evolution of National Insurance in Great Britain: The Origins of the Welfare State*, Londres, 1966

creciente aumento de la riqueza individual a través del mecanismo del mercado, en el contexto de un crecimiento económico continuo.

IV. El crecimiento económico y las cambiantes actitudes hacia la pobreza

La pobreza, sea cual fuere la definición que adoptemos, fue un estado omnipresente en la Inglaterra preindustrial, que brindaba escaso bienestar material y pocas esperanzas de progreso a la mayoría de sus habitantes. De acuerdo con una estimación razonable, más de un cuarto de la población de Inglaterra (y un porcentaje aun mayor de la población céltica) vivía en un estado de pobreza crónica, es decir que apenas podía proveer el mínimo necesario para la subsistencia, y esta cifra podía llegar a duplicarse cuando fracasaban las cosechas. La escasez de alimentos y la desnutrición, la falta de higiene y la ignorancia médica, las enfermedades endémicas y epidémicas mantenían a la población en una trampa malthusiana con el control positivo de una tasa de mortalidad persistentemente elevada. Dado que la producción promedio de bienes y servicios per cápita era tan baja, la declinación de los individuos hacia la pobreza era un hecho común que se producía con aterradora facilidad.²⁹

Progreso material

Pero, ¿hasta qué punto era bajo ese promedio, y con qué rapidez se incrementó a raíz del proceso de industrialización? Las estimaciones del ingreso nacional se remontan a los matemáticos-políticos del siglo XVII, y el honor de haber hecho los primeros cálculos le corresponde a William Petty.³⁰ Entre la evaluación de Petty de 1667 y el cálculo regular anual efectuado por el gobierno después de 1941, se llevaron a cabo más de treinta estimaciones individuales del ingreso nacional inglés (y británico), las cuales brindan una medición bastante precisa de los resultados de la industrialización y sus efectos sobre la producción absoluta y media de bienes y servicios. Las mediciones se realizaron en términos monetarios, y teniendo en cuenta las tendencias de los precios, el ingreso nacional real per cápita aumentó de este modo: 50% durante el siglo XVIII, antes de 1780; del 50 al 100% entre 1780 y 1850 (el periodo del debate sobre "el nivel de vida", durante el cual se produjo, según la opinión de algunos historiadores, un verdadero deterioro); del 80 al 100% entre 1850 y 1914; y otro 50% o más entre 1914 y la década de 1950. Entre fines del siglo XVII, mucho antes del advenimiento de la revolución industrial, y el estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando ya había concluido la primera revolución industrial, los bienes y servicios disponibles en Inglaterra aumentaron término medio por persona de cuatro a seis veces, al tiempo que la población crecía seis veces, mientras que los bienes y servicios se incrementaron en términos absolutos por lo

²⁹ Los estudios sobre la situación de los pobres en la época preindustrial son, por ejemplo, los de P. Laslett, *The World We Have Lost*, Londres, 1965; E. S. Fumiss, *The Position of the Labourer in a System of Nationalism*, Nueva York, 1920; S. y B. Webb, *English Poor Law History: Part I. The Old Poor Law*, Londres, 1927; D. Marshall, *The English Poor in the Eighteenth Century*, Londres, 1926.

³⁰ P. Studenski ofrece en *The Income of Nations*, Nueva York, 1958, una historia comparativa de las estimaciones del ingreso nacional; para la historia de largo plazo del ingreso y la producción en Inglaterra véase P. Deque y W. A. Cole, *British Economic Growth, 1688-1959*, Cambridge, 1962.

menos treinta veces, y hasta cincuenta veces como máximo.

Incluso si consideramos la cifra más baja se observa un aumento masivo de la producción, y un incremento masivo de la tasa distributiva destinado a mejorar los niveles de vida. Durante el siglo XIX la producción per cápita fue aumentando a la tasa de 1,5% anual, una tasa que cuadruplicó la productividad por cápita a lo largo del siglo. Antes de la revolución industrial, esto es, antes de 1750, la riqueza material del inglés medio era seis a siete veces menor que la del inglés de 1950. Según cualquier criterio evaluativo del grado de bienestar -alimentación, vestimenta, vivienda, salud, expectativa de vida, mortalidad infantil, educación, o bienes materiales- el inglés del siglo XX tiene una situación económica muchísimo más acomodada que la de sus antepasados antes de la industrialización. En tiempos del rey Gregorio, la expectativa de vida no llegaba a los 30 años, el índice de mortalidad infantil ascendía a 200 por cada 1.000 nacimientos y la desigualdad en el ingreso era muy grande. Hacia mediados del siglo XX, la expectativa de vida había aumentado más del doble, la tasa de mortalidad infantil había bajado a 33 por mil y, como demostró Lee Saltau, la desigualdad en el ingreso se redujo considerablemente debido al aumento masivo del ingreso total.

"La evidencia estadística indica que la desigualdad en el ingreso, particularmente en los grupos de ingresos más altos, ha ido decreciendo desde hace varios siglos. Esta tendencia se ha acelerado en el siglo XX."³¹

Pero si los efectos de largo plazo de la industrialización resultaban obvios en 1900, no lo eran tanto en 1800 y aun en 1850. Al mismo tiempo que la revolución industrial conducía a un sostenido crecimiento económico, a principios del siglo XIX la economía inglesa hacía frente a una serie de formidables problemas socioeconómicos causados, al menos en parte, por la gran guerra contra Francia. Para los hombres de esa época los problemas parecían más significativos que los logros. En un mundo signado por la pobreza y la desnutrición, no es extraño que el aumento de la población a fines del siglo XVIII fuera visto, no como un signo de la capacidad de la economía para satisfacer las necesidades de todo tipo de un número creciente de habitantes, sino más bien como una amenaza para los ya escasos recursos alimentarios. Malthus expresó adecuadamente los temores de su generación cuando escribió:

"En los reinos animal y vegetal, la naturaleza desparramó ampliamente las simientes de la vida con mano sumamente pródiga y liberal, pero fue comparativamente mezquina en la provisión del espacio y los alimentos necesarios para su procreación".

Malthus sostenía que de acuerdo con la ley de utilidad o rendimiento decreciente tendrían que destinarse cada vez más recursos a suelos cada vez menos fértiles para alimentar a una población en continuo aumento. En el contexto de la historia del hombre considerada como una lucha por la subsistencia, no es extraño que los economistas

³¹ L. Saltau, "Long-Run Changes in British Income Inequality", *Economic History Review*, abril de 1968, p. 29.

clásicos se preocuparan por el problema de la superpoblación y la temible visión de un estado estacionario.³² El crecimiento demográfico exponencial en un mundo finito era, y continúa siendo; una aterradora perspectiva para la humanidad. La economía clásica se convirtió, por lo tanto, en una "ciencia tenebrosa" que culminó con el pesimismo de S. Mill y la bárbara profecía de Marx.

El colapso de los temores malthusianos

Tan comprensible como este profundo pesimismo fue, sin embargo, su desaparición, después de 1840 aproximadamente, ante la masiva productividad de la nueva industria. El temor a la superpoblación, junto con el temor a la contaminación ambiental en escala universal, no reaparecieron hasta el tercer cuarto del siglo XX. A medida que avanzaba el siglo XIX, sin embargo, resultó evidente que la pauperización de la clase obrera -esa pesadilla de Malthus y esa esperanza de Marx- no iba a producirse. Por el contrario, se observaba un lento pero gradual progreso en la situación económica de las masas, Incluso hacia 1840, el malthusianismo en su forma más rígida ya no era aceptado.

Las críticas se basaban en razones teóricas y empíricas, pero el principal argumento en contra de Malthus y Ricardo era el hecho evidente del crecimiento económico.³³ Hacia fines del siglo existía el generalizado convencimiento de que la ley de rendimiento decreciente no se había cumplido y no se cumpliría en el futuro. El optimismo reemplazaba al pesimismo, y tanto Marshall como el joven Keynes miraban confiadamente el porvenir. "Esa época feliz", como describió Keynes el mundo anterior a 1914, en la cual el único cambio apuntaba "en la dirección de nuevos avances y del mejoramiento de la situación económica".³⁴

Tan importante como el progreso material fue la nueva actitud hacia los problemas sociales inherentes a la pobreza; en resumen, males sociales como la pobreza, que siempre habían existido y siempre habían sido aceptados como algo inevitable, empezaron a considerarse como nuevos males que se debían remediar, antes que como viejos males que era preciso soportar. El período de la revolución industrial dio lugar a un gran debate sobre la pobreza y los medios de remediarla, así como sobre otros problemas sociales, problemas que eran identificados, divulgados, examinados, analizados y solucionados, al menos en parte, por medio de la acción voluntaria o legislativa.

La pobreza no era mirada con complacencia en el siglo XIX, sino con una gran preocupación, que fue acentuándose a medida que la gente comprendió que el crecimiento económico no la erradicaba automáticamente. Por consiguiente, desde la década de 1830 en adelante se llevó a cabo una extraordinaria serie de estudios sociales,

³² El análisis más notable pertenece a la pluma de Dávid Ricardo, quien en su libro *On the Principles of Political Economy and Taxation* (1817) apuntaba rigurosamente hacia el fin del progreso económico y la emergencia del estado estacionario.

³³ M. Blaug, *Ricardian Economics: A Historical Study*, Yale, 1958; R. L. Meek, *Economics and Ideology and Other Essays*, Londres, 1967.

³⁴J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, 1924, p. 7

iniciados principalmente por el gobierno, que culminaron en las postrimerías del siglo con tres importantes investigaciones privadas: los estudios sociales de Booth sobre Londres (1889-1897) y de Rowntree sobre York (1901), y el análisis de Beveridge sobre el desempleo (1909).³⁵ Independientemente de que esa preocupación fuese el resultado de "un notable florecimiento de la conciencia social en la clase media inglesa",³⁶ o de la prudencia motivada por el deseo de cimentar la armonía entre las clases sociales, o del cálculo racional de los costos sociales de la pobreza y el desempleo, lo cierto es que el "problema social" de la pobreza urbana, junto con el incremento de la riqueza media, impulsaron la adopción de medidas decisivas en la década que precedió a la Primera Guerra Mundial.

"La situación imperante en Inglaterra", que había preocupado a quienes regían los destinos de Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XIX, también condujo a una amplia legislación, destinada empero a remediar males sociales particulares más bien que a tratar la pobreza como un problema de carácter general y permanente.

El foco del debate sobre la pobreza, que tuvo lugar en el siglo XIX, se centró en la Ley de Pobres, "una red de leyes y prácticas que a lo largo de doscientos años había llegado a calar hondo en el tejido social y en el sistema económico". Como señala J. R. Poynter:

"La Ley de Pobres sobrevivió, pero [. . .] en 1834 el sistema fue sometido a una cirugía drástica de acuerdo con el nuevo credo sobre la pobreza y la forma de remediarla, que había emergido del debate e iba a subsistir como una doctrina social ortodoxa hasta bien entrado el siglo XX, cuando las instituciones y los valores del estado benefactor pusieron fin tanto a la Ley de Pobres como a los principios de 1834".³⁷

Las dos ideas tradicionales acerca de la pobreza -que era principalmente el resultado de la debilidad individual y que se podía remediar a través de la caridad fortuita- fueron desapareciendo en el siglo XX, reemplazadas por la opinión de que la pobreza era un mal social que trascendía ampliamente el control del individuo, un mal que sólo era posible mitigar o curar mediante una acción colectiva y social.³⁸ Según este punto de vista, el esfuerzo individual, incluso con la ayuda de la "cooperación voluntaria y la benevolencia privada", era un instrumento inadecuado para paliar o prevenir la pobreza, y debía ser reemplazado por el esfuerzo público a través de los organismos gubernamentales. Beveridge sostenía que esto era particularmente cierto en el caso del desempleo -a su entender, la principal causa de la pobreza- y afirmaba que mientras que el desempleo o el subempleo era un problema tan antiguo como la sociedad civil, el

³⁵ Booth y Rowntree, op. cit.; W. H. Beveridge, *Unemployment: A Problem of Industry*, Londres, 1909

³⁶ D. Winch, *Economics and Policy*, Londres, 1969, p. 29.

³⁷ J. R. Poynter, *Society and Pauperism. English Ideas on Poor Relief, 1795 -1834*, Londres, 1969, p. xi.

³⁸ M. E. Rose, *The Relief of Poverty, 1834-1914*, Londres, 1972, es un excelente y breve estudio del funcionamiento de la Nueva Ley de Pobres y, en términos más generales, de las actitudes hacia la pobreza y el tratamiento de este problema.

desempleo en la sociedad industrial era un problema general que requería una solución general. De aquí los pasos que se dieron antes de la Primera Guerra Mundial para proporcionar una efectiva ayuda a los ancianos y a los desocupados.

V. Conclusión

En este ensayo hemos abordado el estudio de la revolución industrial en Inglaterra y sus efectos sobre la pobreza. La revolución industrial empezó y terminó con dos grandes debates sobre la pobreza: el primero, iniciado en el siglo XVIII, condujo a la realización de una serie de estudios clásicos sobre la pobreza, como el de Eden, y concluyó con la promulgación de la Nueva Ley de Pobres de 1834; el segundo debate, que se intensificó hacia fines del siglo XIX con la aparición de las nuevas obras clásicas de Booth y Rowntree, condujo a la creación, en 1909, de la Comisión Real sobre las Leyes de Pobres y la Ayuda a los Indigentes.³⁹ Ambos debates produjeron cambios significativos en el tratamiento oficial de la pobreza: un tratamiento "duro" en 1834 y un tratamiento "blando" en 1909, mientras que el año 1834 presenció la aparición de una característica esencial del estado benefactor del siglo XX, es decir, el tratamiento general de los problemas sociales a través de autoridades y decisiones centralizadas.

No cabe duda de que la revolución industrial hizo más explícito el problema de la pobreza; si bien la industrialización no lo agravó, amplió la escala de la pobreza a través del incremento de la población y de la urbanización, tornándola más obvia. La pobreza rural dispersa de la Inglaterra preindustrial no era tan espectacular -aunque sus efectos sobre el individuo fuesen más letales- como la de los míseros barrios bajos de las nuevas ciudades industriales. Pero estaba en juego un factor aun más importante: la idea de progreso que caracterizó al siglo XIX influyó también en las actitudes hacia la pobreza. Ésta era un problema que debía ser resuelto. Los reformadores de clase media, que combinaban su fe en el progreso con el humanitarismo, el utilitarismo y "una bondad feroz", galvanizaron a la sociedad y al gobierno acicateándolos para que tomaran medidas cada vez más efectivas contra los males sociales. En las acciones desplegadas por estos hombres se perciben claramente los orígenes del estado benefactor.⁴⁰

Pero si bien la solución de los problemas sociales de los pobres dependía, en grado importante, de los servicios públicos, de la provisión más adecuada de asistencia médica y control de las enfermedades infecciosas, del mejoramiento del medio a través de rigurosos controles de la salud pública y abundante abastecimiento de agua pura, de un eficaz sistema de ayuda destinado a paliar la pobreza y la miseria extrema, dependía en mucho mayor grado del crecimiento económico.

El siglo XIX fue testigo de progresos masivos y duraderos en materia de ayuda social, pero la aportación más importante a la lucha contra la pobreza fue la

³⁹ S. y B. Webb, *English Poor Law Policy*, Londres, 1910, describe la controversia del siglo XIX, y J. R. Poynter, op. cit., el debate sobre la revolución industrial.

⁴⁰ D. Roberts, *Victorian Origins of the British Welfare State*, Yale, 1960.

industrialización y el crecimiento económico.

El crecimiento económico, tanto mediante el aumento de la productividad de la economía como por el mejoramiento de la calidad de la gente a través de la inversión en el capital humano, contribuyó a que hubiera más bienes disponibles y más personas capaces de beneficiarse con la distribución de dichos bienes. Este factor fue acompañado por una comprensión más humana y sofisticada de las causas de la pobreza, que eran consideradas como una compleja amalgama de desdichas y debilidades sociales y personales. Booth incluía, por ejemplo, en la lista de causas de la pobreza los siguientes factores:

"criminalidad, vicios, bebida, holgazanería, herencia, enfermedad mental, incapacidad, extrema juventud de los cónyuges, familia numerosa, derroche, falta de trabajo, reveses comerciales, intranquilidad social, carencia de relaciones, fallecimiento del esposo, abandono, muerte del padre o de la madre, enfermedades, accidentes, mala suerte, vejez".⁴¹

Si bien la solución de estos persistentes problemas dependía, en el largo plazo, del crecimiento económico y de las instituciones creadas por el estado benefactor, es importante comprender que también era una solución parcialmente política. Se trataba, en efecto, de una provechosa combinación de democracia política y crecimiento económico; la primera aseguró la emergencia de poderosas fuerzas políticas destinadas a proteger y ampliar los intereses de las clases trabajadoras; el segundo proporcionó una creciente corriente de bienes y servicios, los cuales erosionaron finalmente las bases de la milenaria estructura de la pobreza. Al mismo tiempo, la comprensión cada vez mayor de los problemas sociales modificó los puntos de vista acerca de la responsabilidad que les cabía a los propios individuos por el hecho de ser pobres, mientras se reconocía que la inversión en el capital humano, especialmente en forma de educación, proporcionaba a mayor número de personas las armas necesarias para combatir el infortunio exógeno. El conocimiento de las causas de la pobreza aumentó en grado considerable gracias a los continuos y amplios trabajos de investigación; las actitudes hacia la pobreza sufrieron cambios radicales; el tratamiento terapéutico del problema pasó del asilo (*workhouse*) al estado, pero por encima de todo, y esto es quizá lo más importante, un creciente porcentaje de la población total se fue elevando por encima de la línea de pobreza (sea cual fuere el criterio adoptado para trazar sus límites) a través del crecimiento económico y de una distribución más equitativa del ingreso.

⁴¹ C. Booth, *Life and Labour of the People in London*, Londres, 1897, vol. IX, pp. 53, 70. Las principales causas de la pobreza enumeradas por Booth se reducían a "falta de trabajo, bajas remuneraciones, ocio, ebriedad, despilfarro, enfermedad o familia numerosa".

BIBLIOGRAFÍA

I. Estudios clásicos sobre la pobreza

- Eden, F. M., *The State of the Poor: or an history of the Labouring Classes in England*, 4 vols., 1797.
- Porter, G. R., *The Progress of the Nation*, 1836-1838, y ediciones siguientes.
- Engels, F., *The Condition of the Working Class in England in 1844*, edición inglesa, 1892.
- Mayhew, H., *London Labour and London Poor*, 4 vols., 1851-1862.
- Thorold Rogers, J. E., *Six Centuries of Work and Wages*, 1884.
- Booth, C., *Life and labour of the People in London*, 17 vols., 1889-97.
- Bowley, A. L., *Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century*, 1900.
- Rowntree, B. S., *Poverty: A Study of Town Life*, 1901.
- Giffen, R., *Economic Inquiries and Studies*, 2 vols., 1904.
- Hammond; J. L. y B., *The Village Labourer*, 1911.
- The Town Labourer*, 1917.
- The Skilled Labourer*, 1919.

II La Ley de Pobres y otros servicios de bienestar social

- Beveridge, W. H., *Unemployment: A Problem of Industry*, 1909.
- Slater, G., *Poverty and the State*, 1930.
- de Schwytinitz, E., *England's Road to Social Security*, 1943.
- Roberts, D., *Victorian Origins of the British Welfare State*, 1960.
- Bruce, M., *The Coming of the Welfare State*, 1961.
- Owen, D., *English Philanthropy, 1660-1960*, 1965.
- Gilbert, B. B., *The Evolution of National Insurance in Great Britain: The Origins of the Welfare State*, 1966.
- Marshall J. D., *The old Poor Law, 1795-1834*, 1968.
- Poynter, J. R., *Society and Pauperism. English Ideas on Poor Relief, 1795-1834*, 1969.
- Rose, M. E., *The Relief of Poverty, 1834-1914*, 1972.

III. Salarios y nivel de vida

- Bowley, A. L., *Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century*, 1900.
- George, D., *England in Transition*, 1931.
- Gilboy, E. W., *Wages in Eighteenth Century England*, 1934.
- Beveridge, W. H., *Full Employment in a Free Society*, 1944.
- Hayek, F. A., *Capitalism and the Historians*, 1954.
- Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, 1963.
- Hobsbawm, E. J., *Labouring Men*, 1964.
- Phelps Brown, E. H., y Browne, M. H., *A Century of Pay*, 1968.
- Hartwell, R. M., *The Industrial Revolution and Economic Growth*, 1971

Stedman Jones, G., *Outcast London*, 1971.